



Motivos para la abstención activa anarquista: la guerra contra la democracia, el Estado y la autoridad

El anarquismo se ha caracterizado por poner sobre la mesa un conjunto de ideas fuerza recogidas de las experiencias prácticas de las luchas populares, que rompen con la lógica de las diversas fuerzas políticas (otros movimientos políticos) y por supuesto, del propio sistema estatal-capitalista. Del antiautoritarismo como eje central del anarquismo, parten diversos posicionamientos teóricos y prácticas que, como decíamos, se salen de la tónica habitual imperante no solo en el propio sistema y las relaciones que en este se vertebran, sino también de sus pretendidos opositores. Hablamos de la negación del principio de autoridad y, en consecuencia, de toda forma de gobierno de las personas sobre las personas. La no aspiración a la conquista del poder político, sino su eliminación, sirve por tanto de base para muchas posturas tácticas. Estas últimas, siempre en consonancia con los principios ideológicos (la coherencia entre fines y medios, otro hecho diferencial del anarquismo), dan fruto en concreto a la abstención activa que los y las anarquistas defienden en los periodos electorales.

Nuestra intención en estas líneas es explicar de forma sencilla todo lo que tiene tras de sí la táctica abstencionista: la crítica a la democracia como sistema de dominación y la propia abstención que los anarquistas proponen como postura de lucha y de propaganda en los periodos donde la farsa electoral echa a rodar.

La cuestión podría abordarse desgranando una cita atribuida a Bakunin: “ejercer el poder corrompe, someterse al poder degrada”. Esta frase refleja que el poder es considerado por lxs anarquistas como fuente primaria de corrupción moral y material. No solo quien ostenta y sustenta el poder, fruto de la lógica interna de este, que tiende a perpetuarse y a proteger sus propios intereses (bajo cualquier forma) frente a aquellos que se ven sometidxs a ese poder, sino también la degeneración moral como persona de aquellxs que voluntariamente se someten a él. Someterse al poder implica perderse a sí mismo como sujeto consciente, la autoridad hace dependiente y mata la iniciativa individual y colectiva en pro de la obediencia como peleles.

Por lo tanto, la crítica al principio de autoridad podría definirse como la negación total de toda clase de dominio de las personas sobre otras personas, llámese dictadura o gobierno democrático, sean estas justificadas por ser los gobernantes “los más aptos” o los representantes de una construcción tan abstracta como irreal como lo es la “voluntad general”. Nadie tiene el derecho de gobernar y dirigir la vida de otras

personas, son estas últimas, de forma colectiva y solidaria, quien conocen mejor la solución a sus problemas cotidianos, quien deben encargarse, a través de la puesta en común con sus semejantes, de tomar las riendas de su vida. En consecuencia, el sometimiento a la autoridad no es solo injusto al convertirse este siempre en la defensa de los intereses de las clases gobernantes sino también innecesario.

De otro lado, la dominación política que hemos explicado, va siempre acompañada de la dominación económica. No resulta difícil entrever la importancia del control de la producción de aquellos bienes y servicios necesarios para el normal desarrollo de la vida en sociedad: alimento, vivienda, etc. Por lo tanto, las clases dirigentes ejercen el control a través de la desposesión total de los y las oprimidas: la desposesión de su capacidad de dirigir sus propias vidas y la desposesión de la capacidad práctica y teórica de producir aquello que se considere necesario para la vida. Esto es una constante a lo largo de toda la historia.

Cuando la autoridad se cristaliza, se institucionaliza, se dota de una ordenación más o menos burocratizada en una cadena de mandos y, en general, se racionaliza la perfección del dominio, llegamos a la máxima expresión del autoritarismo: el Estado. El Estado es una institución surgida como forma de dominio que se encargará de regular el control de las personas y proteger y defender los intereses de las clases privilegiadas. Obviamente, el Estado, ha sufrido cambios en su evolución histórica, oscilando entre distintas funciones y esferas de dominio sobre las personas: intentar regular en menor o mayor medida las relaciones económicas y humanas a través de la Ley, robar el fruto del trabajo a través de impuestos y proteger los intereses del poder frente amenazas internas o externas, a través de cuerpos militares armados y administrando la represión.

Sin embargo, no fue hasta los albores de la edad moderna, cuando la clase burguesa, principal motor económico de la sociedad, y cuando una forma de economía muy novedosa y aún en pañales que vendría a llamarse capitalismo estaba surgiendo, cuando surgirían los actuales Estados modernos.

El Estado moderno, especialmente bajo su forma democrática, está presente en todas las facetas de nuestras vidas: marca los procesos educativos, nos mantiene productivos a través de la regulación de la sanidad y establece las pautas bajo las cuales vamos a ser explotados por la clase empresarial en nuestros centros de trabajo. Sin embargo, el Estado, a través del discurso democrático, ya no solo va a ser una institución que se nos imponga desde fuera sino que a través de la asimilación de sus discursos y prácticas, y la total identificación con sus valores y el reconocimiento de estos como garantes del orden social, va a convertirse en una imposición que también opera desde dentro de nosotras mismas.

La Democracia y sus miserias

La Democracia moderna, obtiene su legitimización a través del sufragio universal. A diferencia de otras formas de Estado donde este se impone más como una fuerza del exterior hacia las personas, la Democracia logra (y es requisito indispensable para su funcionamiento) la aceptación y reproducción de su modelo de estructurar el Estado. La Democracia y su discurso se han llegado a convertir en un tipo de fundamentalismo religioso moderno. Aquellos que cuestionan la Democracia son demonizados. La clase política pasando por cualquier periodista e incluso ciertos sectores de la izquierda, todos, presentan sus discursos bajo la legitimidad de la defensa democrática. A su vez, desde el mundo intelectual y académico, se entiende que las sociedades democráticas son la culminación de los procesos históricos, el máximo grado de desarrollo social y la perfección (o lo más aproximado a ella). Obviamente, todo esto no es casual, y todos

estos discursos y prácticas son mecanismos del propio sistema democrático para reforzar su posición dominante como sistema de opresión.

Los sistemas democráticos, como toda buena religión, se apoyan en una serie de mitos y una serie de dogmas. Valores democráticos tales como la tolerancia, el pluralismo, la no-violencia, el consenso y el diálogo o la igualdad, son considerados pilares de la democracia como sistema ideológico dominante. Toda esta amalgama de valores ciudadanos, que merecerían un análisis extendido y propio de cada uno, no son sino mecanismos integradores en el proyecto democrático de una sociedad que, partida por las diferencias de clase y otros tantos intereses chocantes entre sí, encuentran en la democracia el marco de unión. Los oprimidos y explotados deben tolerar las condiciones de explotación, debemos aceptar las diversas líneas ideológicas (siempre que no se salgan de unos márgenes bien definidos) en nombre del pluralismo; y el conflicto social tiene, en caso de producirse, mecanismo de resolución dentro de las instituciones democráticas: la violencia queda reservada al monopolio del Estado, para defender dentro (y fuera) de sus fronteras la Democracia.

La igualdad, premisa principal de esta mentira, es a su vez otra tremenda falacia. En una sociedad basada en la propiedad privada, donde unos pocos tienen control y acceso a los medios necesarios para producir lo que necesitamos para vivir y desarrollarnos, y otra amplia mayoría debe vender su fuerza de trabajo para obtener un salario para vivir y aceptar las condiciones que los empresarios consideren, no puede haber igualdad. Hay una desigualdad estructural. La igualdad teórica en lo político (que también hace aguas) queda negada y sin validez ninguna cuando la desigualdad económica inunda nuestra realidad en nuestros barrios y centros de trabajo. Participar en la lógica del consenso democrático, por tanto, parte de una base desigual, y en consecuencia, si se acepta entrar en el juego, si se evita la confrontación directa, estaremos aceptando las condiciones que por medio de la coacción de la fuerza económica y del Estado se nos imponen.

No hay modelo económico más beneficioso para el capitalismo que las democracias. Si bien es cierto, que este utiliza las formas dictatoriales en momentos puntuales de la historia (para aplastar a los movimientos disidentes y para impulsar la economía del libre mercado en ciertas etapas) nunca antes ha existido un marco legal tan legitimado en el que el capitalismo pudiera florecer. Del antiguo régimen, en el que el poder se concentraba en un puñado de personas, se pasó a nuevos modelos, donde el poder se entregaba a toda a una clase. La legislación, la Ley, se convertiría en garante reglamentador, de un sistema económico y social, injusto y asesino. Asesino, decimos, porque la burguesía organizó sangrientas revoluciones, guerras, expolios, saqueos, transformaciones en la vida de las personas que perturbaron la vida de personas como nunca antes en la historia, hambre... Todo ello y, hasta hoy en día, en nombre del progreso, la civilización y, por supuesto, la democracia y sus libertades.

El Estado moderno y de la mano de la ideología que la burguesía abrazó para justificar su proyecto de mundo nuevo, el liberalismo, construye una idea de persona que solo es en tanto que ciudadano del Estado. El ciudadano es un cascarón vacío moldeado según los intereses del Estado. De este modo, es solo a través de la figura del Estado como las personas encuentran su realización, cuando este es ciudadano. Con el desarrollo de las modernas democracias, el ser humano nunca es un ser íntegro y su vida se segmenta y se separa cada vez más: se es ciudadano, cuando el Estado te reconoce como tal; se es elector/a, en tiempo de democracia; se es trabajador/a cuando se produce; se es consumidor, cuando se compra...etc.

La base de la legitimidad democrática se encuentra en presentarse como sistema capaz de recoger la voluntad de una supuesta mayoría. A este respecto, cabría objetar muchas cosas desde diversas ópticas. En

primer lugar, cabría destacar que la “mayoría” de la que hablamos, nunca es una mayoría numérica, es una mayoría “legal”. Con esto os referimos a que los ganadores de los comicios electorales, salen resultantes del partido mayoritariamente votado, descontando quien no vota, quien no puede votar, quien vota a otro partido y según la manera en la que se distribuyan los votos según la ley electoral de turno. En cualquier caso, el resultado es que finalmente, los gobernantes no son sino una minoría que dirigirá y controlará nuestras vidas. De cualquier forma entendemos que ninguna mayoría puede imponerse sobre ninguna minoría ni viceversa. Negamos el derecho a que nadie decida por nosotrxs. Bajo ningún concepto. Como anarquistas, defendemos que la disparidad de intereses no puede resolverse bajo la imposición ni de minorías ni mayorías, sino a través de la búsqueda del auténtico consenso entre iguales, la búsqueda de soluciones colectivas, inspiradas en el apoyo mutuo y la solidaridad y la comunidad, que en base a trabajo horizontal, elabore compromisos en el que todos y todas decidamos.

La trampa democrática del voto y de la libertad de elección es otra desfachatez. Nuestra libertad está condicionada a, por supuesto, una serie de opciones controladas donde ninguna se escapa de unos márgenes concretos. Así por ejemplo, podemos elegir el modelo de coche que queremos (si podemos pagarlo, claro), leer prensa conservadora o liberal y votar a tal o cual partido (hasta de extrema izquierda). Por supuesto, no se contempla la posibilidad de opciones que rompan con la normalidad de la vida impuesta, son todas opciones controladas que no amenazan directamente al sistema. Aquellas prácticas e ideas que desborden los límites democráticos, son sistemáticamente ignoradas, marginadas, desprestigiadas cuando no silenciadas y reprimidas.

La democracia crea gobiernos (de la nación o de localidades) ampliamente legitimados socialmente. Los propios explotados elijen a sus amos. **Una sociedad construida sobre la democracia genera gobernados y gobernantes. Uno sometidos al yugo de los otros.** Resulta irónico quien espera de los gobernantes la defensa de los intereses populares y pretenden borrar de un plumazo la lógica de la posición del poder: perpetuarse y proteger sus intereses y de las clases privilegiadas garantizando así, de este modo, una relación simbiótica entre poder económico y poder político. La corrupción moral que supone aspirar a dirigir la vida de otros, se ve agravada ya dentro de la esfera del poder político. Todo aquél que, independientemente de sus buenas intenciones, llegue a las instituciones y las diversas cámaras, acabará inmerso en una lógica que, para mantenerse dentro de ella, requiere jugar su juego: la corrupción es requisito indispensable si no se quiere que otros ocupen tu lugar por ti.

Tal ha sido la eterna historia del poder político desde el momento mismo de establecerse en este mundo. Esto explica también por qué y cómo hombres demócratas y rebeldes de la variedad más roja mientras formaban parte de la masa del pueblo gobernado, se hicieron extremadamente conservadores cuando llegaron al poder. Por lo general, estos retrocesos suelen atribuirse a la traición. Pero es una idea errónea; en su caso, la causa dominante es el cambio de posición y perspectiva.¹

La abstención activa anarquista

¹ M. Bakunin. “Sobre el capitalismo, el estado y la democracia”

De todo lo anteriormente dicho se deriva la posición que los anarquistas toman frente a cualquier proceso electoral: la abstención. A diferencia de la abstención que algunos grupos marxistas o de la izquierda política propugnan, que se reduce a una cuestión de táctica: se abstienen cuando creen inminente la revolución y no quieren distraer fuerzas de la preparación revolucionaria (o simplemente cuando no ven un provecho útil en concurrir en las elecciones); votan cuando no tienen nada mejor que hacer y para ellos lo mejor es el trabajo minoritario, dado que rehuyen, por razones de clase, las agitaciones que pueden destruir el orden social. En realidad, están siempre en el buen camino: quieren un gobierno parlamentario y los electores que conquistan ahora les servirán para mandarlos un día a la constituyente. La abstención anarquista está ampliamente ligada a las finalidades de nuestro movimiento. Cuando llegue la revolución nos negaremos a reconocer los nuevos gobiernos que traten de implantarse, no queremos darle a ninguno un mandato legislativo; por tanto, tenemos la necesidad de que el pueblo tenga repugnancia a las elecciones, se niegue a delegar en otros la organización del nuevo estado de cosas, y que, más bien, se encuentra en la necesidad de actuar por sí mismo.²

Dicho de otro modo, la abstención activa es primero, una cuestión de principios, es decir, tal y como hemos explicado, el anarquismo propugna la necesidad de la coherencia entre medios y fines. No se puede aspirar a un mundo nuevo reproduciendo las lógicas que nos someten en el actual. En segundo lugar, es una ocasión perfecta para atacar al principio de autoridad en su expresión democrática. Quedarse en casa no es una opción en un momento donde los resortes democráticos calan entre la gente, es el momento propicio para desmontar las mentiras del Estado y su farsa democrática. Y, por último, es una postura táctica revolucionaria y de lucha. Los y las anarquistas entienden que el principio de delegación democrático, acostumbra a la gente a esperar que otros hagan y decidan por ellos, siendo una preparación futura para la inacción y el surgimiento de nuevas tiranías frente a la pasividad de las personas. Ante esto, los anarquistas llaman a la lucha constante ahora y en la revolución social, de forma directa por las propias personas de forma colectiva y solidaria, sin delegar en políticxs o instituciones cualesquiera.

La historia ha demostrado que las conquistas, cuando estas lo son auténticamente, no las hacen los parlamentos o los plenos municipales. Lo hacen solo cuando se ven contra la espada y la pared por la acción y la lucha del pueblo, como intento de marcarse el tanto o recuperar las luchas de la calle y llevarlas a las instituciones, donde acaban muriendo y los implicados acaban cayendo en la lógica derrotista de la delegación.

Por eso, frente a la farsa electoral:

¡No votes nunca!

¡Abstención activa!

² E. Malatesta. “Escritos”